

Los cuentos de Juanita Narboni

Luis Alberto de Cuenca

Si Fernando González de Canales no existiese, habría que inventarlo. Somos amigos desde hace casi cuarenta años y pensamos seguir siéndolo durante el resto, cada vez más exiguo, de nuestras vidas. Todo lo que sé de la ciudad de Tánger lo sé a través de Fernando. Y él, a su vez, lo sabe a través de las enseñanzas de su amigo y maestro Emilio Sanz de Soto-Lyons (1924-2007). Emilio fue, y seguirá siéndolo en la memoria de quienes lo conocimos y apreciamos, un espejo de caballeros, una persona encantadora, un exquisito conversador y, sobre todo, un hombre desbordante de *humanitas* en el sentido ciceroniano del término, lo que convertiría en un infierno los últimos años de su vida, porque díganme ustedes si un humanista no es una criatura inusual, e incluso un auténtico marginado, en esta España nuestra de comienzos del siglo XXI.

Allá por 2005, el autodidacta Tomás Ramírez Ortiz publicó un libro titulado *Si Tánger le fuese contado... Nombres españoles en el mito de Tánger* (Málaga, Editorial Algazara), en el que utilizaba con profusión el siempre generoso archivo personal de Sanz de Soto para alumbrar un grueso volumen que constituye, sin lugar a dudas, la aportación bibliográfica más importante en lengua española sobre una de las ciudades con más *glamour* del norte de África. En la historia de la urbe que fuera capital de la Mauritania Tingitana se habían omitido hasta la fecha nombres tan relevantes como el arquitecto Antonio Gaudí (que proyectó una catedral para la vieja Tingis), los pintores Mariano Fortuny, José Tapiró,

Ángel Vázquez: *El cuarto de los niños y otros cuentos*. Valencia, Pre-Textos, 2008.

Darío de Regoyos, Francisco Iturrino y Julio Ramis, y los escritores Benito Pérez Galdós, Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Eugenio d'Ors, Rubén Darío, Jacinto Benavente y Federico García Lorca, entre otros muchos de indiscutible rango nacional e internacional, lo que nos da una idea del prestigio de Tánger entre nuestros artistas y literatos del novecientos.

Ramírez hace hincapié también en cuatro nombres que convirtieron la ciudad de Tánger, rebosante aún de reminiscencias medievales, en una ciudad moderna. Me refiero a Severo Cenarro, que a partir de 1896 se ocupó de modernizar el ámbito sanitario; al ingeniero Rodolfo Vidal, que trajo a Tánger la luz eléctrica; a Emilio Rotondo, que instaló el teléfono, y a Rodrigo Varo, responsable de la primera potabilizadora de la ciudad (además de ser el padre de Remedios Varo, la gran pintora surrealista). Tingitanos son, asimismo, el pintor y académico Pepe Hernández y el novelista Ramón Buenaventura, admirados amigos míos. Y tangerino fue, sobre todas las cosas, el inefable Antonio Vázquez Molina, alias Ángel Vázquez, a quien González de Canales me presentó hace siglos en el MEAC y con quien tuve cierto trato durante los últimos años setenta del siglo pasado, cuando el mundo era joven y Ángel también (pues moriría, con algo más de medio siglo tan sólo, en 1980).

Vázquez nos legó únicamente tres novelas. Una de ellas, *Se enciende y se apaga la luz*, obtuvo el Premio Planeta en 1962, cuando su autor tenía treinta y tres años (la edad en que murió Cristo). *Fiesta para una mujer sola* se publicó en 1964, y hubo que esperar a 1976 para tropezarnos en librerías con su obra maestra, situada a años luz de las dos anteriores en calidad literaria y en originalidad, ni más ni menos que *La vida perra de Juanita Narboni*, un verdadero lujo narrativo que Virginia Trueba Mira editó en 2000 en la colección «Letras Hispánicas» de Cátedra, enriqueciendo la novela con un estudio preliminar imprescindible para los entusiastas de la misma, que somos cada vez más dentro y fuera de España.

Debió de ser en 2005, o tal vez en 2006, cuando se *La vida perra* se convirtió en una película dirigida por Farida Benlyazid e interpretada por un elenco de actores españoles y marroquíes entre los que destacaba Mariola Fuentes dando vida a Juanita. No hay que saber latín, ni siquiera sánscrito, para deducir que detrás

de la tal Juanita, una tangerina hija de un inglés de Gibraltar y de una andaluza, se esconde el propio Vázquez, y que la pintoresca dama superviviente de un cosmopolita e internacional Tánger, donde convivieron en armonía tantas culturas y religiones y que, tras la independencia de Marruecos, se fue deteriorando inexorablemente, es un trasunto del propio Ángel (aunque lo sea a través de su madre, a la que pronto me referiré).

Por eso me he atrevido a rotular estas líneas con el marbete de «Los cuentos de Juanita Narboni», pues acaba de ver la luz, dentro de la preciosa colección «Narrativa contemporánea» de Pre-Textos (ejemplarmente diseñada por Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez), *El cuarto de los niños y otros cuentos*, preciosa recopilación de los relatos breves de Ángel Vázquez. Desde «Pájaro multicolor» (1955) hasta «Un sombrero alegre» (1977), pasando por «La hora del té», «Bárbara y los cisnes», «El cuarto de los niños» o «El hombre que estuvo enamorado de Bette Davis», se dan cita hasta once cuentos en las páginas del volumen de Pre-Textos, que cuenta, además, con un texto liminar de Emilio Sanz de Soto, «Palabras sueltas para un posible retrato de Ángel Vázquez», y con una valiosísima «Introducción a los cuentos de Ángel Vázquez» de la mencionada Virginia Trueba. Coinciden, pues, aquí Sanz de Soto y Trueba, los dos mayores valedores, los dos mejores *connaisseurs* de la obra de Vázquez. Lástima que Emilio no pudiera ver impreso un libro en el que había puesto tanto cariño e ilusión.

Antonio Vázquez Molina fue hijo de Álvaro Vázquez (figura paterna algo desdibujada que ejerció como mayordomo y, más tarde, de camarero y que, probablemente, maltratara a su familia) y de Mariquita Molina, sombrerera oficial del *tout* Tánger de época colonial y personaje básico en la vida de Antonio-Ángel (podemos ver una fotografía de la inenarrable Mariquita en una serie de documentos gráficos insertos en las páginas finales de *El cuarto de los niños*), además de incansable proveedora de rasgos psicológicos y pautas de conducta para la construcción del personaje de Juanita Narboni. Ángel heredó de Mariquita su desmedida afición por el alcohol, lo que terminaría por llevárselo a la tumba antes de tiempo (su entierro fue, por cierto, costado por José Manuel Lara, su editor).

Entre todos los cuentos de Ángel Vázquez destaca poderosamente el que da título a la colección: *El cuarto de los niños* (publicado por Planeta, junto a otros dos relatos de dos autores desconocidos, en 1958). Los demás se leen bien, pues, a la postre, fueron escritos por ese genial tangerino que se llamó Ángel Vázquez. Con eso es suficiente. Por lo menos para sus fans ©